

ñana y por la tarde, después de purificarse con abluciones; practicar todas las virtudes, reconocer á Mahoma como el enviado del Señor, y obedecerle. Seducidos por estas proposiciones los comisionados las aceptaron, prestaron juramento al profeta, y se marcharon á propagarlas.

Cuando los Koreischitas supieron que Mahoma había hallado nuevos afiliados, llegaron á exasperarse; y como esos custodios del santuario no podían evidentemente tolerar ninguna religión nueva, capaz de perjudicar sus intereses, se reunieron, y acordaron la muerte del profeta.

Mahoma no tuvo conocimiento del complot sino cuando los conjurados rodeaban ya su casa. Sin embargo, pudo deslizarse fuera con el auxilio de las tinieblas de la noche, y después de burlar todas las persecuciones, logró, en compañía de su amigo Abu-Bekr, llegar á Yathreb, que desde esta época recibió el nombre de Medina.

La fuga del profeta ó hégira ha sido para los Arabes la fecha de la numeración de los años, empezando su Era el día en que ocurrió aquel suceso: año 622 de J.-C. y 1.º de la hégira.

III

MAHOMA DESDE LA HÉGIRA

La entrada del profeta en Medina fué un triunfo, y sus discípulos sombreaban su cabeza con ramas de palma, y el pueblo se precipitaba en masa á su encuentro.

Así que estuvo en Medina, Mahoma empezó á organizar el culto que había fundado; y el Corán, que entonces no era más que un bosquejo, fué completándose gradualmente, por medio de frecuentes revelaciones que el cielo enviaba al profeta en todas las circunstancias difíciles. Pero los principios fundamentales del nuevo culto quedaban ya establecidos.

Mahoma instituyó una tras otra las prácticas del islamismo, como la oración, repetida cinco veces al día á la voz de los llamamientos que desde las mezquitas hacían los muezzins; el ayuno del Ramadán, ó sea completa abstinencia de comida desde la aurora hasta el ocaso durante un mes, y finalmente, el diezmo para que cada musulmán contribuyese á los gastos del culto que acababa de fundarse.

Apenas llegado á Medina, el profeta tuvo que dirigir, ya personalmente, ya por medio de sus discípulos, varias escaramuzas; siendo el

primer combate formal el de Bedr, el segundo año de la hégira; pues á pesar de que el ejército de los enemigos constaba de 2,000 hombres, y el de Mahoma de 314, de los cuales sólo tres iban á caballo, el profeta derrotó completamente á los contrarios, empezando así su reputación militar.

Durante muchos años Mahoma tuvo que sostener contra sus vecinos varias luchas, en las cuales tras las victorias llegaban frecuentemente los reveses; pero siempre se mostró tan resignado en estos casos como moderado en los primeros; y sólo fué inflexible una vez, haciendo decapitar 700 prisioneros de una tribu judaica que le había hecho traición.

La influencia de Mahoma continuó creciendo durante muchos años; pero esta influencia no podía de ningún modo generalizarse sin que el profeta se apoderase de la Meca. Antes de apelar á las armas quiso valerse de las negociaciones, y se presentó delante de la ciudad santa acompañado de 1,400 discípulos. No logró que le abriesen las puertas, pero los mensajeros que le enviaron los Koreischitas quedaron muy sorprendidos de la veneración de los compañeros del profeta para con su maestro. «He visitado á César y á Cosroes en sus palacios, decía uno de ellos, y jamás he visto á un monarca tan venerado por su pueblo como Mahoma lo es por sus compañeros.»

A fin de consolar á sus discípulos de este desengaño, Mahoma los condujo contra Khaibar, ciudad importante á cinco jornadas al noroeste de Medina, donde habitaban unas tribus judaicas que la tenían por factoría de su comercio; y á pesar de que estaba sólidamente fortificada, logró tomarla.

Después del sitio de Khaibar, ocurrió el suceso en que Mahoma estuvo á pique de perder la vida por mano de una mujer. Una judía llamada Zainab le sirvió á la mesa carne de cordero emponzoñada. Pero al primer bocado, Mahoma le halló un gusto extraño, y dejando de comer, dijo que el cordero acababa de avisarle que estaba envenenado. Conducida ante el profeta, la hija de Israel hizo una declaración muy sutil que le salvó la vida. «No hay profeta, dijo, sin revelaciones celestes; y yo he querido, si no eras más que un impostor, vengar las desgracias de mi pueblo; pues si eres el verdadero enviado del Señor, sabía perfectamente que este no te dejaría sucumbir en semejante emboscada.»

A pesar de la protección de Dios, Mahoma

se resintió de aquel envenenamiento durante el resto de su vida, admitiendo los cronistas que murió tres años después, de las consecuencias de tal accidente.

Viendo cuánto crecía su influencia, Mahoma determinó hacer otra tentativa para apoderarse de la Meca; y juntando un ejército de 10,000 hombres, el más poderoso que hubiese mandado hasta entonces, se presentó ante la ciudad, y como su prestigio había llegado á ser tan grande, entró en ella sin combate.

La conducta de Mahoma con sus enemigos encarnizados los Koreischitas, fué muy humana, pues además del trabajo que se tomó para salvarlos del furor de sus compañeros, se redujo á destruir los 360 ídolos de la Kaaba, y consagrar al culto del islamismo ese templo, que desde entonces ha sido el asiento de él.

La toma de la Meca produjo la sumisión de la mayor parte de las tribus vecinas; pues aunque algunas se reunieron para oponer resistencia, fueron vencidas luego.

Mahoma había llegado entonces al colmo del poder, y determinó hacer una expedición contra los Griegos de la Siria, quienes, según creía, amenazaban sus fronteras.

Pudo juntar 30,000 hombres, de los cuales 10,000 jinetes, y al llegar á Tabuk, situada entre Medina y Damasco, supo que los Griegos habían renunciado á su empresa. Detúvose pues; pero su marcha no había sido inútil, una vez que le produjo la sumisión de los jefes árabes de aquella parte de la península que confina con Egipto y Siria.

Ya antes de apoderarse de la Meca, Mahoma había procurado aumentar su prestigio enviando á todas partes, incluso las más poderosas monarquías, unos mensajes, en los cuales invitaba á los reyes á convertirse á la nueva fe, y hasta había despachado una expedicioncita contra el de Ghassán, jefe árabe, vasallo de los Griegos. Fué ésta la única que en vida suya se hizo fuera de la Arabia; y aunque sus soldados quedaron completamente derrotados, la expedición produjo frutos, pues los Arabes encargados de guardar las fronteras, se unieron al profeta, por no haber recibido sus sueldos de Heraclio.

Los mensajes que Mahoma envió fuera de sus tierras no dieron ningún resultado, y la historia conserva el recuerdo del modo como el rey de Persia recibió el que le destinara. Llegó el enviado del profeta en el momento de firmar los embajadores la paz entre Cosroes y Heraclio; y como la carta dirigida á Cosroes llevaba

la firma del que la enviaba, cosa equivalente, según los usos orientales, á una pretensión á la superioridad, indignóse el soberano que se titulaba rey de los reyes, y no quiso acabar la lectura, sino que rompió la carta, y la pisoteó exclamando: «Hé aquí un esclavo que coloca su nombre delante del mío.» Cuando Mahoma supo esta respuesta, se redujo á decir: «Que Dios destruya su reino, del mismo modo que él ha destrozado mi carta.» Los sucesores del profeta no debían tardar mucho en cumplir este voto. Pero Cosroes no se contentó con romper la carta, sino que envió al gobernador del Yemen la orden de apoderarse de aquel individuo del Hedjaz que quería hacerse pasar por profeta. Sin embargo el rey de Persia murió á manos de su hijo antes que el gobernador tuviese tiempo de llevar á cabo aquella difícil misión.

Diez años habían transcurrido desde el día memorable de la hégira, cuando Mahoma hizo á la Meca una peregrinación, que debía ser la última, pues algunos días después de regresar á Medina, cayó enfermo gravemente. «Estaba entonces, dice Abulfeda, en la casa de Zainab, hija de Djahsch, pues pasaba alternativamente un día en casa de cada una de sus mujeres; y habiendo empeorado el día que se halló en casa de Maimuna, hija de Harith, las mandó comparecer á todas, y les pidió que le dejaran pasar su enfermedad en casa de una de ellas, sin salir más. Consintieron en ello todas, y lo trasladaron á la casa de Aiescha.»

Conociendo que se moría, quiso despedirse de su pueblo, y lo reunió, y le dijo que daba gracias á Dios por haberle permitido cumplir su misión. «¡Oh, vosotros que me escucháis! añadió. Si he golpeado á alguno en las espaldas, he aquí las mías para que me golpee; si he lastimado la reputación de alguno, que se vengue sobre mi reputación; si he despojado á alguno de sus bienes, aquí tiene los míos, para que se pague; y hágalo sin miedo de atraerse mi odio, pues mi carácter no conoce esta pasión.»

Habiéndole entonces reclamado un sujeto el pago de una deuda de tres dirhems, Mahoma se los dió en seguida diciendo: «Más fácil es sobrellevar la vergüenza en este mundo que en el otro.» Oró en seguida por los que habían combatido con él; y hecho esto lo llevaron á casa de su mujer Aiescha.

Tres días antes de morir quiso todavía que le condujeran á la mezquita para hacer su oración, pero no habiendo podido sufrir las sacudidas del tránsito, delegó para hacerla en su lugar

á Abu-Bekr, cuya designación motivó más adelante que éste fuese elegido para sucederle.

IV

CARÁCTER Y VIDA PRIVADA DE MAHOMA

En lo que precede nos hemos ocupado particularmente de la vida pública de Mahoma, y nos falta ahora ver si reconstituimos el carácter y vida privada del profeta, sirviéndonos de los documentos que los Arabes nos han dejado.

El historiador árabe Abulfeda traza el siguiente retrato de Mahoma, aprovechando las indicaciones de los contemporáneos:

«Alí, su primer discípulo y yerno, nos lo ha descrito según la tradición como un hombre de mediana estatura; de cabeza fuerte y barba espesa; su armazón huesosa indicaba el vigor; su cara era llena y colorada; algunas canas en el colodrillo y algún pelo blanco por entre la barba negra indicaban apenas el paso de los años. En cuanto á sus cualidades morales eran superiores á las de los demás hombres; y como dirigía á Dios frecuentes oraciones, era sobrio de palabras fútiles y muy inclinado á guardar silencio. Su rostro indicaba la benevolencia; su humor era apacible y su carácter equilibrado; hacía igual justicia á todos, aunque fuesen parientes suyos ó extraños, ricos ó pobres. Amaba á los humildes, y no despreciaba al pobre á pesar de su pobreza, como tampoco honraba al rico por su riqueza; cuidadoso siempre de atraerse el amor de los hombres notables, y la simpatía de sus compañeros, no los desairaba nunca, escuchando con gran paciencia á los que iban á sentarse junto á él para hablarle. Nunca se retiraba sin que el hombre á quien daba audiencia se hubiese marchado antes; y del mismo modo, si alguno le cogía la mano, se la dejaba retener mientras quisiese. Lo mismo hacía si el que le hablaba de asuntos permanecía en pie, pues en este caso siempre era el último en retirarse. Con frecuencia visitaba á sus compañeros, informándose de lo que entre ellos ocurría.

» Él mismo se ocupaba en ordeñar sus ovejas; sentábase en el suelo; remendaba sus vestidos y calzado, los cuales en seguida usaba, á pesar de aquellos remiendos. Entre sus compañeros admitía á unos indigentes que se llamaban *Ahl-el-Saffa*, los hombres del banco, árabes desgraciados que por carecer de asilo y familia dormían de noche en la mezquita de Medina y de día se albergaban en el mismo sitio. Como

el banco de la mezquita era su domicilio, habían tomado su nombre. Cuando el profeta iba á cenar, mandaba venir á algunos para compartir con ellos su cena, y distribuía los restantes entre sus principales compañeros, á fin de que les diesen de comer. Abu-Horaira, uno de los tantos, nos ha dejado la siguiente tradición:—El profeta salió de este mundo sin haberse hartado una sola vez de pan de cebada; y con frecuencia toda su familia pasaba uno ó dos meses sin que en ninguna de las casas donde tenía su residencia se hubiese encendido fuego para cocer alimentos. La comida de Mahoma se reducía á dátiles y agua, y á veces he visto al profeta tan apretado por el hambre, que se veía obligado á comprimirse el estómago con una piedra, sujetándola con su cinturón.»

A la descripción que precede cabe añadir que, según otros cronistas árabes, Mahoma tenía mucho imperio sobre sí mismo; que era caviloso, taciturno y muy tenaz en sus resoluciones. Aunque su sencillez fuese notabilísima, cuidaba mucho del esmero de su persona, y en todas las épocas de su vida, hasta en aquella en que fué rico, él mismo se servía.

Su aptitud para sufrir las fatigas era grande; su paciencia y mansedumbre iguales á su perseverancia, y uno de sus servidores, que había estado diez y ocho años á su lado, afirmaba que Mahoma no le reprendió una sola vez.

Era hábil guerrero, y ni huía el peligro, ni lo buscaba, teniendo bastante reflexión para sentir muy pocas propensiones al valor aventurero de sus compatriotas.

Se afirma que era hombre de pocas letras, lo cual es probable, porque un literato hubiera compuesto el Corán con algún orden mayor; pero si Mahoma hubiese sido un sabio, de seguro en cambio que no funda una religión nueva; por cuanto tan sólo las personas indoctas son las que saben ponerse al alcance de las que no tienen conocimientos literarios.

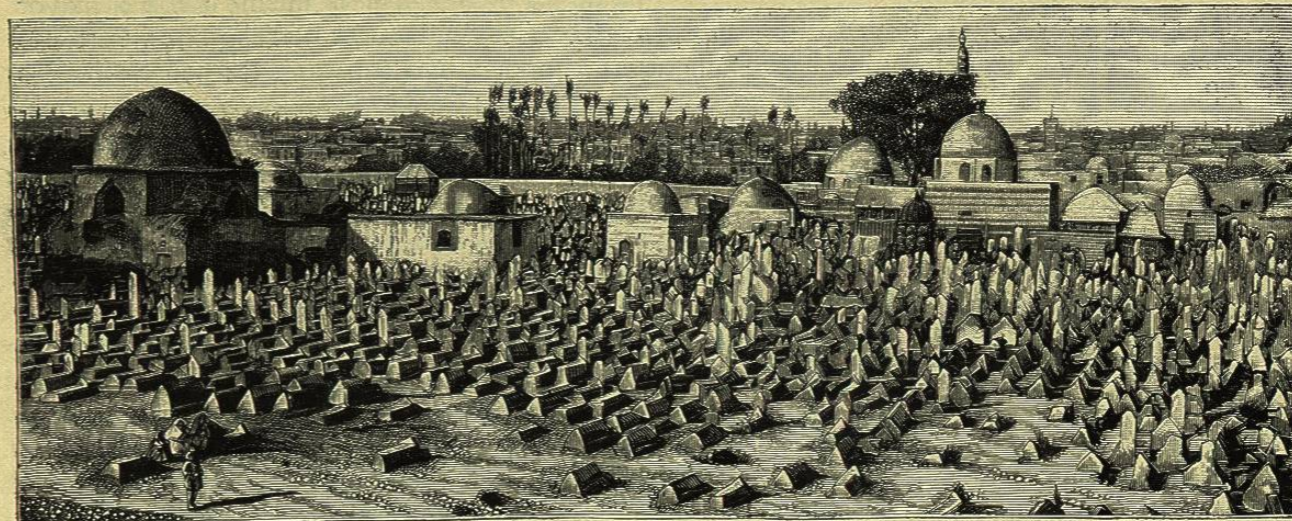
Tanto si era instruido como no, poseía gran sagacidad; una sagacidad que recuerda la que los judíos atribuyen á Salomón. Siendo muy joven, la casualidad le designó por árbitro en una disputa que se había suscitado entre las principales familias de la Meca para averiguar quién tendría el honor de colocar en el sitio del templo de la Kaaba, que entonces se reconstruía, la famosa piedra negra que un ángel había traído del cielo á Abraham. Al ver que los adversarios estaban á pique de empuñar las armas, Mahoma extendió su capa en el suelo,

puso la piedra encima y rogó á los jefes que cogiesen los bordes de la capa para levantarla hasta el nivel donde debía ponerse, y cuando estuvo á la altura debida, él mismo la cogió y la puso en su sitio, con lo cual terminó la disputa.

La sola flaqueza de Mahoma fué su amor por las mujeres; amor que, por otra parte, fué tardío, pues hasta los 50 años permaneció fiel á su primera esposa. Sin embargo, no sólo no ocultaba esta pasión, sino que solía decir: «Las cosas del mundo que más amo son las mujeres

y los perfumes; pero lo que más me conforta el alma es la oración.»

No era escrupuloso en la edad de las mujeres con quienes se casaba, y si Aiescha sólo tenía diez años cuando él la tomó por esposa, Maimuna tenía cincuenta y uno. La pasión de Mahoma por las mujeres era tan grande, que habiendo visto casualmente en paños menores á la mujer de su hijo adoptivo, sintió tales deseos de poseerla que éste tuvo que divorciarse de ella para cedérsela. Bien es verdad que los musulmanes se escandalizaron. Pero el ángel



Tumba de Fátima, hija de Mahoma, en el gran cementerio de Damasco. — De fotografía

Gabriel, con quien el profeta tenía relaciones cotidianas, declaró que la operación estaba en regla; y como estas palabras estaban escritas en el Corán, acallaron todas las censuras.

Aunque en un solo año Mahoma se casó con cuatro mujeres, no tuvo en junto más que quince, de las cuales sólo once á la vez; cuya suma quizá parezca algo crecida á un europeo, pero no lo es entre los orientales; de modo que el profeta hubiera podido tomar un número mucho mayor si hubiese querido autorizarse con el ejemplo del más sabio de los monarcas de que habla la Biblia, á saber, el gran rey Salomón.

No está del todo demostrado que Mahoma hubiese obtenido de sus mujeres una fidelidad bien completa; en términos que, según se dice, fué víctima de esos disgustillos conyugales que son tan frecuentes entre los europeos, como raros entre los orientales. Aiescha entre todas le dió muy malos ratos y bastante que hablar á los maldicientes; pero como el ángel Gabriel, siempre benévolo, dió fe de su virtud y Mahoma inscribió en el Corán aquel testimonio, no hubo lugar á dudas, á pesar de ser tan delicado aquel punto.

Por otra parte, Mahoma llegó al fin á vencerse de que no siempre es ventajoso tener demasiadas mujeres á la vez, como lo demostró prohibiendo á sus discípulos tener al mismo tiempo más de cuatro. Además, no hay necesidad de advertir que no fué el introductor en Arabia de la poligamia, la cual regía ya mucho antes del profeta en todos los países del Asia, sin distinción de cultos: del mismo modo existe hoy.

A pesar de su afición á las mujeres, Mahoma se mostró poco indulgente con ellas; pues aunque habla de dicho sexo con menos severidad que la misma Biblia, dice en el Corán «que son seres que crecen entre los adornos y atavíos, y que siempre andan disputando sin ton ni son. No conozco, añadía, defecto más poderoso que una de vosotras, oh mujeres, para quitar á los hombres, por prudentes y razonables que sean, el sentido moral.»

Según Abulfeda, Mahoma aseguraba que existe cierto número de hombres perfectos; pero que entre las mujeres no puede citarse más que á cuatro: Aseia, mujer de Faraón; María,